

Sigmund Freud

El malestar en la cultura y otros ensayos

Introducción de Carlos Gómez



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Das Unbehagen in der Kultur / Zur Gewinnung des Feuers / Zeitgemässes über Krieg und Tod / Einige Bemerkungen über den Begriff des Unbewussten in der Psychoanalyse / Triebe und Triebchicksale / Die Verdrängung / Das Unbewusste / Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre / Trauer und Melancholie*

Traducción de: Ramón Rey Ardid («El malestar en la cultura» y «Sobre la conquista del fuego») y Luis López-Ballesteros y de Torres («Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte» y los seis trabajos que forman la «Metapsicología»)

Primera edición: 1970

Tercera edición: 2010

Décima reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción a «El malestar en la cultura»: Carlos Gómez Sánchez, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6414-9

Depósito legal: B. 34.756-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

	El malestar en la cultura
11	Introducción: Aporías de la cultura, por Carlos Gómez Sánchez
51	Referencias citadas
55	Bibliografía
57	El malestar en la cultura
152	Sobre la conquista del fuego
160	Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte
	Metapsicología
195	Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente en el psicoanálisis
205	Los instintos y sus destinos
230	La represión
245	Lo inconsciente
289	Adición metapsicológica a la teoría de los sueños
304	La aflicción y la melancolía
323	Notas

El malestar en la cultura

Introducción

Aporías de la cultura

Sigmund Freud (1856-1939) insistió en diversas ocasiones en que el psicoanálisis por él fundado podía considerarse desde una triple perspectiva: como un *método terapéutico*, como una *teoría psíquica* y como un *método de estudio de aplicación general*, susceptible entonces de consagrarse al análisis de las más variadas producciones culturales, dando lugar a lo que él mismo denominó «psicoanálisis aplicado». Dentro de éste cabría incluir su ensayo *El malestar en la cultura* (1930), acompañado en el presente volumen por otros dos trabajos de crítica cultural y por los estudios de metapsicología publicados en torno a 1915. La brevedad de esta introducción hace que, habiendo de desentendernos de los restantes, nos centremos con exclusividad en el justamente célebre e influyente estudio de 1930. Antes, sin embargo, de entrar en la consideración del mismo, habremos de recordar sucintamente algunos conceptos básicos de la teoría psicoanalítica¹.

1. Algunos conceptos básicos de la teoría psicoanalítica

El recordatorio se hace tanto más preciso por cuanto que el psicoanálisis, inicialmente rechazado por los medios académicos y el público en general, se ha difundido con posterioridad como una marea que ha llegado a inundar nuestra sociedad, impregnando las más diversas disciplinas y el lenguaje de la vida cotidiana. Pero tal expansión ha sido a costa no sólo ya de la posible deformación acarreada por todo proceso de divulgación, sino ante todo de una tergiversación sistemática, que transpira freudismo en el mismo momento en que lo niega. Serán algunos de esos equívocos los que –de modo sumario– trataremos ahora de deshacer.

1.1. Inconsciente y represión

1.1.1. Lo inconsciente no equivale a lo subconsciente

Así, aunque se suele decir que Freud realizó el descubrimiento del subconsciente, este término fue pocas veces empleado por él (excepto en su etapa prepsicoanalítica) y, casi siempre que lo hizo, fue de una manera despectiva, por cuanto que lo subconsciente (*Unterbewusste*), como todo aquello que «está debajo» de la conciencia, oculta las divisiones fundamentales establecidas por Freud. En la primera tópica o teoría de los lugares (en griego, *tópoi*) psíquicos –lugares metafóricos, sin correspondencia directa con localizaciones cerebrales–, presentada en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900), Freud di-

ferenció tres instancias psíquicas (lo consciente, lo pre-consciente, lo inconsciente) y dos sistemas (primario y secundario). Podemos considerar *consciente* (*Bewusste*) aquello de lo que nos damos cuenta en un momento determinado. Lo que no se encuentra en el campo de la conciencia, pero puede acceder con relativa facilidad a él, sería *preconsciente* (*Vorbewusste*), por ejemplo, normas gramaticales olvidadas, pero que admitimos sin dificultad emocional cuando se nos recuerdan. Sin embargo, lo *inconsciente* (*Unbewusste*) propiamente dicho sería aquello que ni se encuentra presente en la conciencia ni puede acceder a ella, sino, en todo caso, habiendo de vencer fuertes resistencias afectivas. La gran divisoria, entonces, no se encuentra para Freud entre lo consciente, por un lado, y lo subconsciente como un todo, por otro, sino entre el *sistema inconsciente* y el *sistema preconsciente-consciente* (en realidad, sistema preconsciente, al que eventualmente se le agrega la cualidad de la conciencia), que *no son*, por lo demás, *dos niveles de una misma función, sino que se rigen por leyes diferentes*: el *proceso primario* (ausencia de contradicción y de temporalidad, movilidad de carga energética entre las representaciones) gobierna el sistema inconsciente, mientras que el *proceso secundario* (actividades lógicas, energía ligada) caracteriza el sistema preconsciente-consciente.

Es por ello por lo que, aunque a toda teoría se le pueden encontrar antecedentes (y Freud hizo remontar los suyos, en alguna ocasión, hasta Empédocles), no se puede situar al psicoanálisis en la línea de las filosofías románticas de lo inconsciente, pues éstas suelen entender por tal término, como tantas veces sucede hoy día, lo que Freud tendía a considerar simplemente como preconsciente.

1.1.2. La represión no equivale a la no realización de un deseo percibido, sino a su falta de percepción

Freud fue alertado sobre la existencia de los procesos inconscientes por los fenómenos de la histeria, en los que se daba *alteración funcional sin lesión orgánica concomitante*. A partir de ahí, postuló la posibilidad de recuerdos sustraídos a la representación consciente, por haber sucumbido a la represión (*Verdrängung*). Mas por ésta no habría que entender, como suele hacerse en el lenguaje cotidiano, la no satisfacción de un deseo percibido (que ya es consciente si uno se da cuenta de él, aunque luego no lo satisfaga por otras consideraciones –morales, por ejemplo–), sino el *no percibir algo que se desea*, lo que es muy distinto. A Freud se le atribuye a menudo la peregrina idea de que todo deseo no satisfecho provoca neurosis, cuando para él, como insistió desde muy pronto, «la educación requiere displacer». *Un deseo del que se es consciente, aunque no se satisface, no se encuentra reprimido desde el punto de vista psicoanalítico*, para el que Freud reserva el término *Verdrängung*, frente a *Unterdrückung* (que es el sentido adoptado por el término cuando lo empleamos en un contexto coloquial o político, por ejemplo, al hablar de que «la policía reprimió una manifestación»), diferencia establecida en francés entre *répression* y *refoulement*, careciendo el castellano de términos diferenciadores de esos conceptos.

Pero la contención de muchos de nuestros deseos es un presupuesto ineludible de la cultura y de la moral, sin que tal contención acarree necesariamente riesgos patológicos. Así, se puede experimentar una intensa agresividad hacia alguien –razonablemente motivada o no–, hasta el punto de desearle la muerte, sin que por ello hayamos de procurársela. El conflicto entre los propios deseos y los principios mo-

rales se puede tratar, por tanto, de resolver, bien procurando satisfacer aquéllos sin límite, como lo intenta el perverso (en cuanto estructura psicológica), bien reprimiéndolos, como sucede en las neurosis. En uno y otro caso se es incapaz de una *elaboración* paciente del conflicto, en vez de tratar de cancelarlo con el simplista expediente de pretender anular uno de sus polos.

1.1.3. Afecto y representación

Si la esencia de la represión es, como hemos visto, el olvido, no todo lo olvidado se encuentra por ello reprimido (puede considerarse simplemente preconsciente). *El efecto de la represión sobre la pulsión es disociarla entre su contenido representativo (pensamientos, imágenes, recuerdos) y su carga afectiva.* El afecto, en cuanto cantidad energética ligada a determinadas representaciones, no se reprime. Cuando en psicoanálisis se habla, un tanto impropia pero comprensiblemente, de amor reprimido, agresividad reprimida, etc., tal represión no se refiere en realidad sino a la de la representación a la que esos afectos iban ligados. Pues bien, *el destino del afecto separado de su representación originaria determina el tipo de neurosis* que el individuo contraerá. Tal monto energético puede emplearse, en efecto, en inervar determinados órganos del cuerpo, dando lugar a la *histeria de conversión*, en la que el conflicto psíquico se expresa somáticamente (los vómitos como índice de una repugnancia moral que no se puede o no se acierta a expresar). O puede carecer de representación a la que ligarse, siendo ese carácter errante del afecto el que provoca la angustia, no como miedo a algo determinado, sino como producto de una energía no ligada, como expresión de la cantidad al desnudo: lo insoponible de tal estado hace que la *histeria de angustia* degenera

habitualmente en una *fobia*, la cual acarrea la ventaja de conectar la aparición de la angustia con la del objeto fóbico, sustituyendo así una presión interna ineliminable por un objeto exterior ocasional, del que se puede huir. En fin, la lucha entre las fuerzas represoras y lo reprimido se puede desplazar a aspectos muy alejados del conflicto originario, dando lugar a un pensamiento sometido a todo tipo de escrúpulos, ceremoniales y cavilaciones, tal como se manifiesta en la *neurosis obsesiva*.

En todo caso, *de la transacción entre las fuerzas en pugna surgen los síntomas*, en los que lo reprimido retorna disfrazadamente: los síntomas tratan de dar satisfacción a exigencias de diferentes estratos psíquicos mediante un compromiso, como el pacto al que pudieran llegar dos ejércitos cuando ninguno de ellos fuera capaz de imponer decididamente su triunfo en la batalla.

1.2. ¿Por qué es la sexualidad lo que se reprime?: la sexualidad no es del orden del instinto, sino de la pulsión

Junto a las neurosis, la clínica psicoanalítica suele distinguir otras estructuras psicopatológicas, como las perversiones y las psicosis. Sin detenernos ahora en ellas, hemos de reparar en el término «pulsión» (*Trieb*), arriba aludido. Tal como trató de mostrar en sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), para Freud, *la sexualidad humana no es del orden del instinto, sino de la pulsión*. Es discutible la existencia de instintos en el hombre, ya que el equipamiento genético dota a los seres humanos con una red de posibilidades, susceptibles de múltiples recreaciones culturales, que le fuerzan a preferir y elegir las que considera mejores. Con

todo, algunos aspectos tienen un carácter más instintivo que otros y la sexualidad se caracteriza precisamente por la pérdida de rasgos instintivos. Podríamos decir que mientras el instinto (*Instinkt*) se expresa en una conducta genéticamente adquirida y estereotipada, la pulsión supone también un empuje, una insistencia, una fuerza irrefrenable (*treiben*, empujar), mas *sin objeto ni fin específicos*, que han de ser social y biográficamente moldeados. Si consideramos la nutrición como uno de los registros más instintivos del hombre y a la necesidad subjetiva que acompaña a esa necesidad la denominamos *hambre*, Freud propone denominar a lo que corresponde al hambre en el dominio sexual *libido*, término derivado del latín, que significa ‘deseo’, ‘envidia’, y que expresaría ante todo el aspecto energético de las pulsiones sexuales.

Si la sexualidad fuera un instinto, viene a decir la argumentación freudiana, las denominadas perversiones serían una excepción, la excepción que confirma la regla. Sin embargo, los testimonios históricos y antropológicos dan cuenta de la amplitud y variabilidad de las perversiones sexuales (entendiendo por tal la unilateralización de aquellas actividades que normalmente coadyuvan al coito, pero que el perverso busca como el fin de su goce, tal como sucede en el exhibicionismo, el *voyerismo*, el sadismo, el masoquismo, el fetichismo, etc.). Ahora bien, el perverso no llega tanto a serlo cuanto *sigue siéndolo*, ya que todos lo fuimos en la infancia, caracterizada por una sexualidad de tendencias perversas (autoerotismo, conductas incestuosas...), a las que las sanciones sociales y morales tratarán de poner más tarde un dique. Cuando el conflicto entre los impulsos y las normas no se elabora bien, surgen *las neurosis*, que por eso constituyen *el negativo de las perversiones*. Y sólo por

una limitación efectiva de tales tendencias y una determinada elaboración surge la sexualidad humana «normal», que, en realidad, supone, para Freud, un canon ideal: la *superación de las tendencias incestuosas*, expresadas en el mito de Edipo², y la *asunción de la castración simbólica* (para decirlo en términos lacanianos) respecto a una imaginaria omnipotencia y completud, en la que, al no asumir la ley paterna (impuesta por el padre o por quien ejerza su función), ley que rompe la mítica unidad entre el infante y la madre, se es incapaz de dar reconocimiento a la diferencia sexual y al límite, el cual otorga, sin embargo, su campo al deseo, al lenguaje –que trata de simbolizar lo ausente– y al orden humano de la historia y de la cultura.

Es esa maleabilidad de la sexualidad humana la que posibilita su represión o satisfacciones sustitutivas muy diversas, mientras que el hambre no se reprime. No se trata, pues, de ningún pansexualismo ni de establecer la primacía de uno u otro orden, sino de destacar la importancia de la sexualidad para la estructura del psiquismo, dadas las diferentes elaboraciones y posiciones subjetivas que respecto a ella pueden darse. Un impulso sexual puede en efecto satisfacerse, más o menos cumplidamente, masturbándose, por ejemplo, o paseando por la sección de lencería de unos grandes almacenes, mientras que el hambre no se apacigua frotándose el estómago o recorriendo los repletos estantes de un buen supermercado. Freud rastrea la incidencia de lo sexual en los más diversos órdenes de la vida, no para reducirlos todos a aquél, sino para mostrar los diversos destinos de pulsión.

Sea como fuere, lo que no hay en Freud es la pretensión de eliminar todo tipo de normas o principios morales (aunque podamos discutir cuáles nos parecen adecuados), por

cuanto la sociedad es impensable sin diques sólidamente establecidos, o, si se quiere, sin tabúes (para Freud, la forma primitiva del mandato moral, pero que, a su entender, aún resuena en el imperativo categórico kantiano), pues una cultura sin tabúes es algo así como un círculo cuadrado: *cultura equivale a represión*, al menos en el sentido de la represión primaria (*Urverdrängung*), de la que habló en 1915 (1915a), y a la que hemos procurado aludir en los anteriores comentarios, sin poder proseguir una discusión que requeriría andamios más complejos. Bástenos hacer notar que es tal escisión (*Spaltung*) la que torna quimérico el sueño de una completa identidad y transparencia del individuo consigo mismo y con su sociedad.

1.3. Teorías de las pulsiones, narcisismo, segunda tópica: las servidumbres del yo

El concepto freudiano de *sexualidad* es mucho más amplio que el de *genitalidad*, refiriéndose a aquellas conductas capaces de suscitar un placer desligado de la satisfacción de una necesidad fisiológica, tal como se manifiesta ejemplarmente en la sexualidad oral del niño, que sigue chupando con deleite el pecho, sin succionar, o que lo sustituye por el chupete o por el chupeteo del pulgar. Precisamente, las *pulsiones sexuales* nacerán apuntaladas o apoyadas en las *pulsiones del yo o de conservación* (primera teoría de las pulsiones), conforme a lo que ya expresara Schiller a propósito de las grandes fuerzas que mueven el mundo: el hambre y el amor. Sin embargo, más tarde, sobre todo a partir de *Introducción al narcisismo* (1914), Freud estima que el yo no es sólo una instancia de adaptación a la realidad, sino asimismo una reserva

libidinal, lo que comporta un ineliminable «narcisismo primario». Tal reserva libidinal puede dirigirse hacia otros objetos, pero puede también retornar a sí, como los pseudópodos de un protozoo, en el fenómeno del enamoramiento de la propia imagen, que es a lo que se suele denominar narcisismo (para Freud, «narcisismo secundario», puesto que sigue a una inversión objetal, siquiera sea la de los objetos parentales), según narra el mito griego transmitido por Ovidio en *Metamorfosis*. Y fueron ésas, entre otras observaciones –sobre todo, la *compulsión a la repetición* por parte de los pacientes neuróticos, en una conducta que parecía alejarse de los dictados de la realidad y del deber, pero también de la prosecución del placer–, las que le llevaron a plantear, en *Más allá del principio del placer* (1920), un nuevo dualismo pulsional: el de *pulsiones de vida o eróticas*, que tratan de unir a los seres, buscando agregados cada vez más amplios, y *pulsiones de muerte, destructivas o de agresividad*, que tratan de disociarlos y volver al estado anorgánico.

Las pulsiones siguen, en todo caso, un curso variable y pueden estar sometidas a *fijaciones* y *regresiones*, así como variar de objeto y de fin, especialmente a través de la *sublimación*, proceso por el que se sustituye el primitivo fin sexual por otro ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero y socialmente valorado, que se encuentra en la base de altos rendimientos culturales (cf. Laplanche, 1987a). La contención sexual (o una cierta contención sexual) no es siempre, pues, índice de represión (*Verdrängung*); en ocasiones, en cambio, actividades sexuales directas pueden cubrir represiones mucho más efectivas, de acuerdo con el concepto forjado por Herbert Marcuse de «desublimación represiva»; como es obvio, es posible una amplia gama de conductas intermedias y de combinaciones.

La nueva teoría de las pulsiones se vio acompañada por un nuevo modelo del psiquismo, expuesto en *El yo y el ello* (1923). Aunque es también tripartito, ni sustituye al primero ni se puede hacer corresponder exactamente con él, puesto que ahora las tres instancias (ello, yo, superyó) son en cierto modo inconscientes: desde luego el *ello*, polo pulsional; pero también en cierto sentido el *yo*, agente de la adaptación y de los procesos racionales, mas también sede de cristalizaciones identificatorias y de defensas compulsivas, como la represión, en sí misma inconsciente; y, finalmente, el *superyó* o instancia de las prohibiciones y de los ideales morales, en gran medida inconscientes, por cuanto el superyó se instaura como el «heredero del complejo de Edipo».

Cuando el niño ha de renunciar a esos objetos sexuales primordiales que son los padres, se resiste a hacerlo y no encuentra otro recurso que hacerse a sí mismo como eran ellos, como si se ofreciera a sus pulsiones, diciéndoles: «Mirad, podéis amarme a mí también: ¡Me parezco tanto al objeto perdido!...». Se trataría ahí de una *identificación narcisista con el objeto perdido, como una forma de retenerle*, como sustituto de la carga erótica, según lo había estudiado Freud a propósito de la psicosis maníaco-depresiva (denominada por él «melancolía») en *Duelo y melancolía* (1917). Más allá de la imitación y de la endoculturación, Freud quiere destacar, pues, el lazo inconsciente y sexual que liga a las generaciones, así como la ambivalencia de la instancia superyoica, que supone un dique frente al incesto, pero, asimismo, y de algún modo, su prolongación. Esa conexión con lo pulsional, ese anudamiento entre lo sexual y lo moral, revestirá de una profunda ambivalencia a los mandatos superyoicos, tanto más severos (con independencia de

cómo fuesen los padres) cuanto más fuertes fueran las tempranas inclinaciones libidinales. De ahí que esa instancia, surgida a través de un proceso de modificación del yo, y necesaria para su desarrollo, puede con frecuencia adquirir un rostro tiránico y cruel, por el que llega a torturar al yo, al que estaba llamada a redimir.

En efecto, las pulsiones eróticas y tanáticas pueden asociarse –por ejemplo, en el componente sádico que se da en la relación sexual–, pero también disociarse a través de los procesos de desexualización y de sublimación, de forma que la pulsión de muerte puede expresarse aislada –así, en el sadismo como perversión– y enseñorearse del superyó. Cuando esto llega a suceder, comenta Freud con desoladora comparación, el destino del yo «ofrece grandes analogías con el de los protozoos que sucumben a los productos de descomposición creados por ellos mismos» (1923, III, 2726-2727).

Y es que, frente a sus pretensiones de soberanía, el yo suele ser cobarde, oportunista y falso: habiendo de mediar entre los impulsos incoercibles del ello, los reproches superyoicos y la indiferente realidad, intenta satisfacer a varios señores y no es extraño verle fracturado y roto entre exigencias contradictorias, cuando no trata de presentarse, en contraste, rígido, inmaculado y sin fisuras. Más allá de esas hinchazones imaginarias, disolviéndolas y analizándolas en sus componentes pulsionales, la terapia analítica tratará sin embargo de robustecer el yo en una nueva reestructuración, que ha de admitir, frente a la pretendida perfección narcisista, las propias carencias, sin desistir por ello del poder –limitado, pero real– del que un hombre es capaz. El lema de esa terapia, tal como Freud lo enuncia en sus *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1933a), dice en-

tonces: *wo es war, soll ich werden*, «donde era ello, ha de llegar a ser yo». Se trata de ganar para el campo de acción del yo nuevas partes del ello –como los pólderes holandeses ganan tierra al mar–, aun cuando resulte ilusoria la pretensión de absorber el océano de impulsos sobre los que se asienta.

2. Problemas y caracteres del «psicoanálisis aplicado»³

Aunque la denominación de «psicoanálisis aplicado» fue utilizada por el propio Freud, no deja de suscitar equívocos. Sugiere la imagen de una técnica y una teoría, ya preparadas y listas, que después se *aplican*. Sin embargo, el estudio de la cultura no es un mero complemento, sino que estuvo presente en Freud desde el principio, contribuyendo a la formación de las principales hipótesis y conceptos psicoanalíticos. Sin multiplicar los ejemplos se puede reparar en el papel de la *censura* en la primera tópica o del *superyó* en el segundo modelo del psiquismo, equivalentes psíquicos de la función social de interdicción y de los ideales que la cultura ostenta. Institución intrapsíquica e institución social se doblan, así, mutuamente, de forma que las neurosis «se nos revelan como tentativas de resolver individualmente aquellos problemas de la compensación de los deseos, que habrían de ser resueltos socialmente por las instituciones» (1913b, II, 1864).

Mas, en cualquier caso, la interpretación de las formaciones culturales no puede realizarse como la de los individuos⁴. Es preciso considerar su peculiaridad. Capaz de ocuparse de las más variadas manifestaciones culturales y,

en principio, de todas ellas, por cuanto que todas pueden ser psicoanalíticamente cuestionadas, se podría decir, con Paul Ricoeur (Ricoeur, 1970), que el estudio psicoanalítico de la cultura se caracteriza por la *irrestricción del campo y la limitación de la perspectiva*, la cual no tiene por qué negar reductivamente otros acercamientos. El riesgo se puede conjurar si el psicoanálisis se atiene al punto de vista que potencia su examen: Freud intentó explicar los caracteres del psiquismo considerado «normal» a través de los caracteres agigantados de su caricatura. Pues bien, *enlazando, una vez más, normalidad y patología, diríamos que la perspectiva desde la que enfoca el estudio de la cultura se caracteriza por el valor ejemplar que para la interpretación de la misma tienen la neurosis* (cf., p. ej., 1913a, II, 1794) *y el sueño*.

Ambas, neurosis e instituciones sociales, tratan, para decirlo en términos habermasianos, de domeñar el conflicto entre el exceso de pulsión y la coacción de la realidad (Habermas, 1982, 278). Pero, sobre todo, está el valor paradigmático del sueño. En analogía con lo descubierto en su interpretación, las instituciones culturales habrán de ser reconducidas a los deseos que operan latentemente tras sus expresiones, tras su contenido manifiesto, considerado, desde ese punto de vista, como máscara de los mismos. Los deseos, escapando a la ruda disciplina de la realidad, buscan el atajo de la satisfacción inmediata, sea en la alucinación onírica o en el delirio colectivo de la vigilia. A través de múltiples cambios y desplazamientos, persisten en su tenacidad, pues los procesos del sistema inconsciente se encuentran *zeitlos*, fuera del tiempo. En consonancia, al analizar las producciones culturales, subrayará Freud, «nuestra mirada persigue a través de los tiempos la identidad»

(1913a, II, 1846). De ahí el recelo frente a la *ilusión*, el contrapunto tenazmente sostenido frente a cualquier cómoda noción de *progreso* que, pese a todo, quizá Freud no quiera por completo arreglar.

Sin embargo, aunque ése sea su tono mayor, Freud no desdeñará el significado y aportaciones de la labor cultural, por cuanto la *analogía* con las neurosis y el sueño no permite arrastrar al nuevo campo todos los caracteres del registro metafórico de origen. Entre la alucinación onírica, privada y nocturna, y la pública lucidez del símbolo cultural –ético, estético, religioso– media el trabajo mismo de la cultura. Freud hubo de reconocer así que «el psicoanálisis tiene que rendir las armas ante el problema del poeta» (1928, III, 3004).

Y es que, por valiosas que resulten sus aportaciones, el psicoanálisis no debe tratar de convertirse en una concepción del mundo (*Weltanschauung*) o en una filosofía (1933a, III, 3191). La crítica psicoanalítica es, ante todo, una crítica *genética y funcional*, esto es, pregunta por el origen y el papel jugado por determinadas instancias psíquicas o instituciones culturales en el conjunto del psiquismo o de la cultura. Pero no ha de suplantar a una crítica *sustantiva*, que demanda por el valor de verdad de determinadas afirmaciones o por la corrección o incorrección de determinadas propuestas. Todo lo primario en psicoanálisis (proceso primario, represión primaria, narcisismo primario, identificación primaria y, más tarde aún, masoquismo primario) es primario en el orden de la distorsión o del desplazamiento, nunca en el de la justificación: *ser primero (genéticamente) no es ser primero (desde el punto de vista de la fundamentación)*. Es preciso tener en cuenta esas diferencias si no queremos que *el incuestiona-*